
El archivo como estrategia metodológica

An archive as a methodoligal strategy.

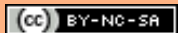
FECHA DE RECEPCIÓN: 24/10/2018. FECHA DE ACEPTACIÓN: 14/12/2018.

CÓMO CITAR: Candelero, R. "El archivo como estrategia metodológica".

Revista Crítica Año III N.º V, pp. 20-28.

Dra. Rosanna Candelero.

Universidad Nacional de Rosario (U.N.R.).

ISSN: 2525-0752 

RESUMEN

En el marco de una tesis doctoral la artesanal confección de un archivo es presentada como estrategia de generación-recolección de datos para el análisis. Abrevando en las contribuciones foucaultianas, la autora sostiene que el *oficio de archivista* deviene una novedosa alternativa metodológica para la elaboración y la lectura de la materialidad discursiva. Este singular archivo puede pensarse como una maquinaria del tiempo. Palimpsesto: pérdida y transformación. Rara mezcla de historia y escritura, este *armazón móvil* resultará el fundamento de una praxis abocada a actualizar el paradójal cruce entre lo escrito y lo borrado. De allí su inestimable valor para el psicoanálisis.

PALABRAS CLAVE: Archivo – Escritura - Psicoanálisis.

ABSTRACT

Within the framework of a doctoral thesis, the artisanal design of an archive is shown as a strategy of generation and compilation of data to be analyzed. Looking for inspiration in Foucault's contributions, the author states that the *archivist's trade* becomes an original methodological alternative for the development and reading of the discursive materiality. The archive could be thought as a time-machinery. Palimpsest: loss and transformation. Being a strange mixture of history and writing, this singular *mobile skeleton* shall become the foundation of a praxis aimed at updating the paradoxical crossing between what is written and what is erased. Hence its inestimable value for psychoanalysis.

KEYWORDS: : Archive – Writing - Psychoanalysis.

El archivo foucaultiano

Según el diccionario, el término archivista se aplica a quien almacena, compila, incluso a quien custodia datos o documentos en un archivo; a quien acopia y cataloga en las bibliotecas. Por extensión, se emplea asimismo cuando se ha dado por terminado un expediente o al dejar de ocuparse de él. Suele decirse, por ejemplo: *trabajaremos para que nuestra causa no quede archivada*. Un *archivo* es un conjunto organizado de registros que se guardan manteniendo una unidad, aunque a veces se transforma en un triste y desprolijo *cajón de sastre*.

En cuanto al *archivo foucaultiano*, esa curiosa e imbricada conjunción de *historia* y *escritura* merece una explicación pormenorizada. Es que, en los textos del siempre incisivo Michel Foucault se aloja y ejercita un singular modo de cifrar la historia: el suyo. Un peculiar estilo de historizar sacude e interpela, para así dismantelar la idea de *la historia*. La idea de una tersa y lozana historia de cómputos y calendarios. De una historia sin interrupciones, que tiene en el horizonte, como designio, la capacidad de restituir y transparentar con exactitud los sucesos de otros tiempos. De una historia lineal, sumisa y progrediente que supone flujo y acumulación. De una historia sacra y pulcra.

La copia fiel es, en la letra viva del célebre autor, definitivamente un oxímoron herido de muerte. De hecho se advierte que la discontinua historización foucaultiana, confeccionada con andrajosa estopa, armada con jirones desdeñados, astilla la concepción de un sujeto de la transparencia consciente del pensamiento clásico. Y, pone al desnudo la caprichosa e inviable obstinación de una restauración o tal vez una *resurrección intacta del pasado*. (Farge, 1991). De allí que puede sostenerse que escribir la historia es una operación surcada por la muerte: un encuentro con la muerte, como pregona con acierto Arlette Farge (1991). Una verdadera colisión con lo imposible.

Podría caracterizarse al maestro francés con tan sólo dos palabras: un intelectual audaz. Toda la empresa foucaultiana es un alboroto, y se dirige a liberar la historia del pensamiento de cualquier sujeción a una teleología trascendental. “Pueden los amigos de la Weltanschauung sentirse decepcionados” —comenta—. (Foucault, 2008). Su *arqueología* derroca a la fenomenología histórica con sus *a priori* formales, y deroga las preguntas acerca de la causa y el origen. Se trata de hacer operar una dispersión y un descentramiento que

dispares a quemarropa ante cualquier centro, que conjuren cualquier conceptualización montada en la idea de lo profundo, de lo latente, de lo originario y, desde luego también, de lo oculto o lo secreto.

Para *escribir una historia*, será menester entonces, renunciar a la desmesura. Sólo a despecho de resignar la aspiración de reflejarlo todo, y haciendo necesariamente el duelo por descubrir la verdad oculta o a recobrar lo perdido, será posible construir desde estos restos que operan como rastros, para entonces dar lugar a lo nuevo, a lo inédito. Otra lectura.

En la línea señalada por Michel Foucault, Veyne (2004) habla del brillante escritor como de un *arqueólogo escéptico* para quien todo acontecimiento es singularidad. Se sabe que Foucault fue profesor de *historia de los sistemas del pensamiento* en el Collège de France, y que desde allí, desbarata la presuntuosa idea tradicional de la historia. De una historia que se presume sin tropiezos. Su propuesta, lacera tanto la idea de una continuidad histórica como la de una sujeción trascendental.

La *arqueología foucaultiana*, método para una *genealogía histórica*, toma como dominio de análisis los discursos. Foucault no creía en las verdades generales, y consideraba necesario un trabajo que especifica como *arqueológico*, para tener acceso a cada configuración singular. Llama *discurso* a los cuadros formales de singularización. Desde su perspectiva, los discursos considerados como acontecimientos están ligados por las reglas de las prácticas discursivas.

“El discurso no es la manifestación, majestuosamente desarrollada de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su continuidad consigo mismo. Es un espacio de exterioridad donde se despliega una red de ámbitos distintos”. (Foucault, 2008, p. 90)

Foucault nos invita a acompañarlo. Casi que es posible verlo transitando con meticulosidad un extenso itinerario de sinuosos pasajes; maniobrando entusiasmado con inmóviles *huellas* amontonadas en los rincones —como amontona en viento las vetustas hojas que el otoño desecha; por poco petrificadas, un tanto dispersas, mezcladas y camufladas. Escondidas a la vista de todos, y aparentemente, condenadas al olvido—.

Sus gestos de recolección son movimientos lentos, sutiles, pero firmes y perentorios. Hay que leer y releer con incansable insistencia. No se trata

de descubrir, de una vez y para siempre, un tesoro enterrado que se ofrece de entrada como sortija al más listo. Se trata de *indicios* trabajosamente hallados y removidos. Sacudidos con fruición, recopilados y ordenados con gran cuidado, mediante un minucioso trabajo artesanal que las vuelve *significantes*. Labor imprevisible: tarea de *archivista*.

Su obra —si acaso fuese posible hablar de ella— tan esquiva como frecuentada, ha ganado sin dudas, un sitio de privilegio entre las inmortales, sorteando sin embargo a cada paso, el riesgo

“(…) *al leer imprimimos una determinada postura al texto y es por eso por lo que está vivo*”.

de ser canonizada. Su estructura compleja; su exquisita pluma irreverente, resisten.

Por estos tiempos que la novelista ruso-francesa, Sarraute, no dudaría en llamar: *la era del recelo o la era la desconfianza*. Tiempos en los que impera el feroz mandato de que todo ha de ser definido, delimitado, circunscripto de antemano: diagnosticado y protocolizado, a fin de que nada se escabulla. Foucault le hace un elegante ole a tan inflexible exigencia. En este sentido podría sostenerse que, conspira contra el orden de lo dado y natural. A través de su escritura insolente consigue burlar al estricto control social.

Con acierto e inventiva, Emmanuele (2013) plantea que Foucault se presenta como un *poeta del saber*. Me pregunto, por qué como un *poeta del no-saber*, si como lo recita Roberto Juarroz —uno de los mayores poetas de nuestro suelo— “La poesía tiende hacia lo imposible, mientras nos hace posibles”. El poeta busca lo abierto, y “la poesía puede adoptar las formas más lúcidas y creadoras, como peldaños para acceder a lo real”. (Juarroz, 2005, p. 430).

Por todo ello, y en pos de retomar el rumbo trazado en la *arqueología del saber*, se anota que, desde esta perspectiva habrá que desprenderse una concepción de *discurso* entendido como modo de expresión, —como cuando se habla de la alocución de alguien en particular—, por ejemplo, se hace mención al discurso pronunciado por un mandatario o un militante. Se trata aquí, con Foucault, ni más ni menos que de un *campo de regularidad* para las diversas *posiciones de subjetividad*. En definitiva, del conjunto de todos los enunciados efectivos *en su dispersión de aconte-*

cimientos y en la instancia que le es propia a cada uno (Foucault, 2008).

Uno de sus biógrafos más agudos y consecuentes, Didier Eribon, tomando suficiente distancia de aquellos de que se ocupan del costado escandaloso de la vida del autor, elige el camino de delinear una interesante cartografía de su producción teórica. Tal vez ayude a ubicar algunas coordenadas claves para una aproximación a su *manera de transitar*.

Eribon no construye un héroe, trata de mostrar la geografía de un recorrido con declinaciones, retrocesos, pero también con *legítima rareza*, rayos duraderos, un mirar desde lo bajo para ver en la superficie otras cosas que las que solemos ver por mirar siempre los grandes acontecimientos, leer los grandes y sagrados textos. (Rodrigues de Andrade, 1998, p. 83).

Destaca también al actor político. Ahora bien, “Lo que cierta crítica lineal no ha tolerado es que el Foucault teórico no fuera al mismo tiempo un recetador del quehacer en política” (Rodrigues de Andrade, Germain, M, 1998, p. 83). Pero, ¿cuál es su peculiar manera de hacer política? Al respecto, el mismísimo Foucault, interpelado por Rux Martín en la Universidad de Vermont, en 1982, responde:

Existe un fenómeno social que me perturba mucho. Desde 1960, algunos profesores se están convirtiendo en hombres públicos, con las mismas obligaciones. No quiero ser un profeta y decir: ‘*por favor, siéntense, lo que tengo que decir es muy importante*’. He venido para discutir un trabajo común (Foucault, 1996, p. 146).

El entrevistador, haciendo mención a que *en historia de la sexualidad*, nuestro innovador filósofo se refiere a “la persona que trastoca las leyes establecidas y que de alguna manera anticipa la libertad futura”, le pregunta —con astucia— si considera su propia obra desde alguna perspectiva semejante. A lo que Foucault arguye decidido:

Durante un período más bien largo, la gente me pedía que les dijera lo que iba a suceder y que les diera un programa para el futuro. Sabemos muy bien que, incluso con las mejores intenciones, estos programas se convierten en una herramienta, en un instrumento de opresión. Rousseau, un enamorado de la libertad, fue utilizado durante la revolución francesa para cons-

truir un modelo social de opresión. A Marx le hubiera horrorizado el estalinismo y el leninismo. (Foucault, 1996, p. 147).

Prosigue:

Mi papel —y ésta es una palabra demasiado enfática— consiste en enseñar a la gente que son mucho más libres de lo que se sienten, que la gente acepta como verdad, como evidencia, algunos temas que han sido contruidos durante cierto momento de la historia, y que esa pretendida evidencia puede ser criticada y destruida. Cambiar algo en el espíritu de la gente, ése es el papel del intelectual (Foucault, 1996, p. 147).

Ensayar un modo de leer los conceptos y los temas centrales de su pensamiento deviene por momentos una tarea cíclopea, aunque atractiva. Fascinante tarea, en principio irrealizable, a menos que se acepte la propuesta de intentar una *operación de lectura* intersticial, desgarrada, fragmentaria y, desde luego, provisoria. “El verdadero lector sacude el texto, lo hace vibrar. Una lectura, único amparo para captar el trabajo reticular de los detalles, que es donde operan los conceptos como discurso argumental” (Kuri, 2016, p. 36). Siempre que se trate de una lectura, ésta no podrá ser sino propia. Es que, al leer imprimimos una determinada postura al texto y es por eso por lo que está vivo.

Acercas de la lectura indica Juarroz que, “excede siempre el texto que lee, rompe sus márgenes, y va más lejos”. Se trata entonces de una lectura que a cambio exigirá, la práctica del asombro, un lugar para la invención y por qué no, uno muy, muy especial para la risa. Es que, como lo confiesa el polémico pensador en las primeras trazas del *prefacio de las palabras y las cosas*, libro que surge de un escrito de Borges: *el idioma analítico de John Wilkins*.

De la risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar al pensamiento —al nuestro: al que tiene nuestra edad y nuestra geografía—, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de los seres, provocando una nueva vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y de lo Otro (Foucault, 1985, p. 1).

Atopía del pensamiento. Se trata de un pensamiento que incomoda, que agita y hace vacilar. Un pensamiento perturbador, que no encaja, que viola la imaginación, mientras empuja al límite, al encuentro con lo impensado. Aún más, un pensa-

miento que arroja al encuentro con lo imposible de pensar. Justo allí donde, precisamente, algo de una verdad podría asomar.

Borges —ingenioso e incisivo— alude en su ensayo a una *archicitada* y exótica enciclopedia china que clasifica una serie de elementos extravagantes. Y, como contrapartida, —apunta justamente Foucault— deja ver, paradójicamente, la carencia de un espacio común. En el atlas de lo imposible en el que se enumeran singulares rúbricas, paradójicamente, “*lo imposible no es la vecindad de las cosas, sino el sitio mismo donde podrían ser vecinas*” (Foucault, 1985, p. 2).

Se dijo de un modo u otro que archivo remite a historia. Es Michel De Certeau en su fenomenal libro, *Historia y Psicoanálisis* quien utiliza la expresión *operación historiográfica* para distinguir el trabajo del erudito y cautivante historiador, cuando después de un viaje —a su juicio un tanto presuroso— por las inmensas geografías culturales descubre.

Bajo los pensamientos [...] una *base epistemológica* que los vuelve posibles. Entre las múltiples instituciones, experiencias y doctrinas contemporáneas descubre una coherencia que, por no ser explícita, no lo es menos la condición y el principio organizador de una cultura. Hay por lo tanto orden. Pero la *razón* es un subsuelo que escapa a estas mismas en quienes funda las ideas y los intercambios. Hay orden, pero bajo la forma de lo que *no se sabe* (De Certeau, 1995, p. 11).

Pero ¿cómo es posible interpretar ese orden, bajo la forma de lo que *no se sabe*?

Después de haber asegurado la *positividad* de un período, su *base*, se voltea bruscamente para dejar aparecer otro subsuelo, un nuevo *sistema de posibilidad* que reorganiza el universo flotante de las palabras y de los conceptos, y que implica, por medio de sobrevivencia e invenciones, un *campo epistemológico* (una *episteme*) totalmente diferente (De Certeau, 1995, p. 11).

Partimos de la base de que, lo que Foucault designa como *episteme*, no es de ningún modo una cosmovisión. Una *episteme* remite a un conjunto de elementos heterogéneos. En *La arqueología del saber*, Foucault logra cernirla como las relaciones que se pueden descubrir en una época dada, entre las ciencias, cuando se analiza a nivel de las regularidades, el haz de las formaciones discursivas.

Al buscar, en el espesor histórico de las ciencias, el

nivel de la práctica discursiva, [...] se quiere hacer aparecer entre positivities, saber, figuras epistemológicas y ciencias, todo el juego de las diferencias, de las relaciones, de las desviaciones, de los desfases, de las independencias, de las autonomías, y la manera en que se articulan las unas sobre las otras sus historicidades propias (Foucault, 2008, p. 248).

Y más adelante, prosigue: “[...] el conjunto de las relaciones que pueden unir, en una época determinada, las prácticas discursivas que dan lugar a unas figuras epistemológicas, a unas ciencias, eventualmente a unos sistemas formalizados”. (Foucault, 2008, p. 249). Se trata de una matriz, de la horma que da forma...

Al seguir muy de cerca las marcas de Foucault, y en estrecha trabazón con lo anterior, Veyne hace hincapié en que:

[...] lo que deben hacer los historiadores, antes que explicar los acontecimientos, es discernir y explicitar su singularidad. Pues toda formación histórica, acontecimiento o estado, es una singularidad que no es un género o una especie, que no recubre una invariante, que no tiene esencia (Veyne, 2004, p. 24).

En octubre de 1982, Foucault despliega ampliamente sus argumentos:

Trabajo con personajes y procesos oscuros por dos razones: los procesos políticos y sociales que estructuraron las sociedades europeas occidentales no son demasiado claros, han sido olvidados o se han convertido en habituales. Forman parte de nuestro paisaje más familiar, y no los vemos. Pero en su día, la mayoría de ellos escandalizaron a la gente (Foucault, 1996, p. 150).

En la misma ocasión, y profundizando su planteo, indica que uno de sus principales objetivos:

[...] es mostrar que muchas de las cosas que forman parte de su paisaje —la gente piensa que son universales— no son sino el resultado de algunos cambios históricos muy precisos. Todos mis análisis van en contra de la idea de necesidades universales en la existencia humana. Muestran la arbitrariedad de las instituciones y muestran cuál es el espacio de libertad del que todavía podemos disfrutar, y qué cambios pueden todavía realizarse (Foucault, 1996, p. 150).

A la luz de estas puntuaciones resulta sensible que, su revisitada *arqueología del saber*, no

es sino un intento de explorar la posibilidad de analizar las diversas *prácticas discursivas*. En ruptura con un estructuralismo clásico, Foucault rechaza de plano y por principios, la burda idea de un texto a descifrar, latente e irreductible. En su conceptualización reside una diferencia radical: la caracterización del enunciado no como una unidad, *una estructura elemental* sino como *función de existencia*. De esta forma, el enunciado singulariza no lo que se da en las frases o en las proposiciones, o la manera en que están delimitadas, sino el hecho mismo de que están dadas, y la manera en que lo están. Es decir, entiende que el material a tratar en su neutralidad primera es una multiplicidad de acontecimientos en el espacio del discurso en general.

En forma sumaria puede esbozarse que todo lo expuesto en este periplo parece terminar por confluír en una idea solidaria a la concepción de *archivo* que pone a jugar cuando pretende sacar a la luz la complejidad de lo que considera las *prácticas discursivas* y, en el espesor de *La arqueología del saber*, hacer aparecer una multiplicidad de niveles posibles de análisis.

Sé lo que puede tener de un poco áspero el tratar los discursos no ha partir de la dulce, muda e íntima conciencia que en ellos se expresa, sino de un oscuro conjunto de reglas anónima. Lo que hay de desagradable en hacer aparecer los límites y las necesidades de una práctica, allí donde se tenía la costumbre de ver desplegarse, en una pura transparencia, los juegos del genio y de la libertad (Foucault, 2008, p. 271).

En efecto, —y hay que decirlo— apenas sobrevolando sus formulaciones es posible establecer algunas puntualizaciones. Por ejemplo: la noción de *episteme*, que designa al sistema reglado que prescribe a los discursos, sus límites y sus posibilidades. No para hacer hablar al gran discurso universal común a toda una época. Muy por el contrario, para ubicar las diferencias, la diversidad de los discursos.

Su *arqueología* analiza las *formaciones discursivas* en una multiplicidad de registros, buscando explicar las condiciones de posibilidad del saber. O mejor, formulado en otros términos, averiguar aquello que rige la emergencia o proscripción de un *enunciado*, en tanto que *acontecimiento*.

[...] el estudio arqueológico [...] se ejerce en una multiplicidad de registros; recorre intersticios y desviaciones, y tiene su dominio allí donde las unidades se

yuxtaponen, se separan, fijan sus aristas, se enfrentan, y dibujan entre ellas espacios en blanco. Cuando el estudio arqueológico se dirige a un tipo singular de discurso [...] es para establecer por comparación sus límites cronológicos; es también para describir, a la vez que ellos y en correlación con ellos, un campo institucional, un conjunto de acontecimientos, de prácticas, de decisiones políticas [...] (Foucault, 2008, p. 205).

En este punto conviene recordar que una *formación discursiva*:

[...] no es, pues, el texto ideal, continuo y sin asperezas, que corre bajo la multiplicidad de las contradicciones y las resuelve en la unidad serena de un pensamiento coherente; tampoco es la superficie a la que viene a reflejarse, bajo mil aspectos diferentes [...] Es más bien un espacio de disensiones múltiples; es un conjunto de oposiciones diferentes cuyos niveles y cometidos es preciso describir (Foucault, 2008, p. 203).

En tal sentido, y para ser consecuentes con tal presupuesto, habrá que estar dispuesto a abandonar cualquier ensueño ilusorio y tranquilizador de presagiar la *episteme por venir*. En la peculiar perspectiva de Foucault, *el archivista* solo habrá de considerar enunciados (ni proposiciones, ni frases). Una especie de línea diagonal móvil hará legible la red discursiva, el campo de los enunciados. Todo en ellos es *realidad manifiesta*. Solo cuenta lo que ha sido formulado, aún con sus lagunas y sus carencias.

Un enunciado es efecto de la rareza. La rareza y la dispersión que los caracteriza no buscan señalar ningún déficit, más bien por el contrario, constituyen la positividad propia del enunciado. Su marca en el orillo. Un enunciado siempre implica una emisión de puntos singulares, pero no originales. Lo fundamental es la *regularidad enunciativa*. Lo propio del enunciado, su potencia, es *ser repetido*. Esta materialidad repetible lo constituye, lo anima, pero siempre en condiciones estrictas. Es necesario que exista el mismo espacio de repetición, la misma distribución de singularidades, el mismo orden de localizaciones y de emplazamientos, la misma relación con un medio instituido.

Un archivo no oficial sino oficiante

Con el afán de ordenar el material que se va

recabando durante una investigación —millares de huellas— se va gestando esta *propuesta metodológica*, propuesta que, en parte, sintoniza con lo sustentado por Mills C. Wright (1961) cuando sostiene la idea llevar a cabo lo que concibe como

“Lo propio del enunciado, su potencia, es ser repetido”

un meticuloso trabajo de *artesanía intelectual*. Sin caer en un excesivo gusto por el gesto clasificatorio se dispone la construcción de un archivo personal. No obstante, y en consonancia con los argumentos desplegados en el apartado anterior, se deja en claro que este archivo no tiene aquí tan solo una mera función conservadora.

Tanto la palabra como la noción de archivo parecen, en primer lugar, ciertamente, señalar hacia el pasado, remitir a los indicios de la memoria consignada, recordar la fidelidad de la tradición. Ahora bien, si hemos intentado subrayar este pasado desde el inicio de estas cuestiones es también para indicar la vía de una problemática distinta (Derrida, 1997, p. 18).

Este archivo puede pensarse como una suerte de maquinaria del tiempo. Foucault insiste en llamar *archivo* a un sistema general de formación de los enunciados-acontecimientos que sobre el suelo de un conjunto de reglas, caracterizan una práctica discursiva. Y este suelo es lo que denomina *a priori*, mas se trata de un peculiar *a priori*, que no escapa a la historicidad. Por consiguiente, el *a priori histórico* pasa a ser una arquitectura móvil; un conjunto transformable. (Foucault, 2008, p. 221).

Archivo es en principio un gran puzzle. La ley de lo que puede ser dicho, pero también lo que hace de las cosas efectivamente dichas no se confundan en una masa informe. Se trata de una práctica que “permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente”. (Foucault, 2008, p. 221). Una práctica del asombro, del hallazgo.

Desde la perspectiva de que las cosas dichas no se amontonen de manera amorfa e ilimitada, ni se agrupen conforme a una supuesta linealidad sin ruptura, el ejercicio de construcción y de-construcción de un archivo, a medida que se avanza en el trabajo de indagación, es la pieza decisiva que posibilita actualizar y revitalizar el juego de rela-

ciones entre los acontecimientos alojados, almacenados, registrados.

Al archivo hay que producirlo, hay que escribirlo. No se trata de aquello que se puede descubrir en las profundidades de un arcón desvencijado. En *La atracción del archivo*, publicado en el año 1991, Farge se sumerge en el atrapante mundo —tal vez habría que decir mundillo o submundo— del archivo judicial del siglo XVIII para introducirlo en el debate histórico y adoptarlo como interlocutor principal. Además, empuja al entusiasta lector a sumergirse con ella en ese edificio lleno a rebosar de signos que invitan a la producción de sentido. Pero un archivo no es aquí una bocanada de pasado. No se trata del lugar donde las huellas del tiempo reposan. Desconcertante y colosal, desordenado o compaginado, el archivo-fuente busca ingenuamente crear un seductor *efecto de realidad* que no pasa de ser un colosal espejismo. Internarse en un archivo “[...] suele producir la sensación ingenua pero profunda de rasgar el velo, de atravesar la opacidad del saber y de acceder, como tras un viaje incierto, a lo esencial de los

“Archivar deviene así una operación destituyente. La puesta en acto del archivo busca rescatar las huellas del olvido, para cifrarlas. Es por ello que se trata asimismo de una operación instituyente”

seres [...]” (Farge, 1991, p. 11)

En este juego complejo, la operación escrituraria, desde esta posición del archivista será consecuencia de otra solidaria y anterior, la operación de lectura, y subsidiaria de la idea de que no hay Otro garante de *Un* sentido esencial y/o establecido. En este punto vale ubicar una coincidencia con la conceptualización de Lacan sobre la lectura. Archivar deviene así una operación destituyente. La puesta en acto del archivo busca rescatar las huellas del olvido, para cifrarlas. Es por ello que se trata asimismo de una operación *instituyente*.

Derrida (1997), interpelando la institucionalidad del archivo en su célebre libro *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, se pregunta: ¿Cómo responder de las relaciones entre el memorándum, el indicio, la prueba y el testimonio? Un escritor mexicano, Ricardo Nava Murcia sintetiza la interesante propuesta derridariana a los historiadores.

Cómo enfrentar de un modo nuevo la problemática del archivo, es el envío que Jacques Derrida manda a los historiadores, tanto en los modos en que éste se

constituye como el espacio físico que resguarda los documentos, pasando por su institucionalidad arcónica que ejerce su poder de custodia y autoridad hermenéutica legitimadora, hasta los modos en que el historiador, desde un conjunto de operaciones específicas, se relaciona con él (Nava Murcia, 2012, p. 96).

Y añade:

Las preguntas que envía tienen una pertinencia relevante y de actualidad, en tanto que el autor señala, en principio, el interrogante por la necesidad de reelaborar hoy día un concepto de archivo, para continuar con al menos tres aspectos esenciales: 1) los archivos del mal, esto es, las huellas de acontecimientos que son borrados, destruidos y manipulados en nombre de un poder que los reprime; 2) los modos de tratamiento de los archivos, en tanto sus soportes técnicos, sus órdenes clasificatorios y el poder de retención e interpretación [...] (Nava Murcia, 2012, p. 96).

Y por último:

[...] la cuestión por la autoridad, principio arcónico (Sic) esencial: quién autoriza y qué relaciones se tejen entre las distintas huellas dispuestas en todo archivo, Estos tres aspectos esenciales pueden ser tratados como envíos a la historiografía, en tanto la urgencia de [...] explicar cómo

se constituye la escritura de la historia en los modos en que esta se relaciona con el archivo (Nava Murcia, 2012, p. 96).

Derrida acude a las metáforas escriturarias ya trabajadas en Freud y la escena de la escritura, para construir una teoría del archivo que toma distancia de la idea de tiempo cronológico y del análisis positivista de las fuentes. Intenta así hacer lugar a un interrogante que invita a la búsqueda de estrategias metodológicas. Vale entonces, en esta ocasión, recuperar una pregunta que se formula: ¿es posible construir un relato que comprenda las diferencias y asegure las continuidades?

Ciertamente, no resulta ocioso insistir aquí en el inestimable valor que esta labor adquiere para tantas otras prácticas que en consonancia con la historiografía encuentran su legitimación en esta posición. En cuanto al psicoanálisis, hace poco más de un siglo que la teorización freudiana acomete sobre de la consideración del sueño —vía regia y paradigma del inconsciente— como escritura. Una de las principales referencias freudianas

a la *letra* es la del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900). Ahí Freud presenta como escritura los esquemas conocidos como *los peines*. Un aparato psíquico constituido por instancias diversas de alta complejidad. Freud especifica que la actividad de este aparato parte de estímulos internos o externos y termina en inervaciones corporales. A lo largo del pasaje el flujo no es homogéneo. Para el maestro Freud, en esta formulación no puede coincidir el lugar de la recepción de estímulos con el de la inscripción.

[...] el flujo avanza desde la percepción y atraviesa una instancia que representa varias maneras de acumular el archivo —las huellas mnémicas—, pasa luego al inconsciente, de allí al preconscious y luego a la conciencia. De modo que lo esencial de este esquema para nosotros es que entre la percepción y la conciencia se interpone el inconsciente (Vegh, 2006, p. 39).

De otro modo:

[...] otra manera de decir que no tenemos ninguna posibilidad de establecer una relación objetiva con el mundo que habitamos. Es más, podemos afirmar que lo nombrado como *mundo* no es sino el producto de nuestra inserción en una escena que no dominamos sino que nos constituye (Vegh, 2006, p. 39).

Cabe recordar que Freud hablaba del sueño como de Otra escena. Algunos años más tarde, registra en su *block maravilloso*:

[...] hace algún tiempo ha aparecido en el comercio, con el nombre *pizarra mágica*, un pequeño artificio que parece prometer mayor rendimiento que la hoja de papel o la pizarra. No pretende ser más que un memorándum del cual pueden borrarse cómodamente las anotaciones. Pero si lo estudiamos más de cerca encontramos en su construcción una singular coincidencia con la estructura por nosotros supuesta de nuestro aparato perceptivo tal como lo he supuesto, y comprobamos que puede, en efecto, ofrecernos las dos cosas: una superficie receptora siempre dispuesta y huellas duraderas de los caracteres recibidos (Freud, 1979, p. 244).

La pizarra mágica —bello cruce entre lo escrito y lo borrado— es una tablita de cera o de resina de color oscuro, colocada en un marco de cartón, y sobre la cual va colocada una delgada hoja transparente, sujeta en su borde superior y suelta en el extremo inferior. Esta hoja es la parte más interesante de todo este aparato. El nuevo juguete

no es sino un moderno palimpsesto en el que el punzón aguzado, al modo del cálamo, rasga efectuando las incisiones de una escritura. Al levantar la cubierta, la superficie queda pronta a acoger nuevos trazos. En el soporte la escritura desaparece toda vez que suprimimos el contacto entre el papel receptor del estímulo y la lámina de cera que guarda la impresión.

En la pizarra freudiana puede borrarse lo escrito para escribir otra vez. ¿Lo escrito puede leerse como borrado?

Continúa Freud:

Pero no es difícil comprobar que la huella permanente de lo escrito ha quedado conservada sobre la lámina de cera, siendo legible a una iluminación apropiada. Por tanto, el artificio no ofrece tan sólo una superficie receptora utilizable siempre de nuevo, como la pizarra escolar, sino que conserva una huella permanente de lo escrito, como la hoja de papel. [...] El hecho de que en la pizarra mágica no se saque partido de las huellas duraderas de los registros recibidos no necesita perturbarlos; baste con que estén presentes [...] Por último, suponemos también que este funcionamiento discontinuo del sistema receptor constituye la base de la génesis de la representación del tiempo. (Freud, 1979, p. 247).

Palimpsesto. Escritura de pérdida y transformación... Aparecen coexistiendo en la cita precedente suficientes remisiones de carácter freudiano: *huella; borradura; fijeza; permanencia y movimiento discontinuo*. Todo lo hasta aquí expuesto parece confluír en una idea solidaria a la concepción de archivo que esta tesis se ha propuesto poner en juego.

Acerca de la cuestión del tiempo, la praxis analítica sostiene con convicción que el tiempo propio de la estructura del inconsciente no se corresponde con la clásica noción aristotélica del antes y el después. Tampoco con la idea de retroacción que invierte la linealidad temporal. Efecto retardado se lee en Freud. Se trata más bien del destiempo. Sin embargo, es importante una aclaración: el tiempo lógico y el cronológico, no se oponen.

La cuestión de la pizarra mágica proporciona una gran ayuda para señalar lo que interesa, dado que quedan de este modo, claramente resaltados en el texto los principales hilos de referencias que invitan a recurrir a esta metáfora escrituraria para el tramado de un lazo propiciatorio entre historia, escritura y psicoanálisis: intersecciones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- De Certeau, M. (1995). *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*. México. Universidad Iberoamericana.
- Derrida, J. (1997). *Mal de archivo: Una impresión freudiana*. Madrid. Trotta.
- Emmanuele, E. (2013). Michel Foucault: un poeta del saber. *Revista de Investigación social*, X-16. México, UNAM.
- Emmanuele, E. (2013). Michel Foucault y Jacques Lacan: dos incomparables *Revista Del Prudente Saber*, Paraná, UNER.
- Eribon, Didier et al. (2004). *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. Buenos Aires. Letra Viva + Edelp.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia, Institucio Alfons El Magnanim.
- Foucault, M. (2008). *La arqueología del saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2012). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- Freud, S. (1979) *Notas sobre la pizarra mágica [1925]*. En *Obras Completas T. XIX*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Juarroz, R. (2005) *Poesía Vertical II*. Buenos Aires. Emecé.
- Kuri, C. (2016) *Nada nos impide, nada nos obliga: De la contingencia en psicoanálisis*. Rosario, Nube Negra.
- Mills, C. Wright (1961). Sobre la artesanía intelectual. En: *Mills, W. La imaginación sociológica*. México. Fondo de cultura económica.
- Nava Murcia (2012). El mal de archivo en la escritura de la historia. *Historia y Grafía*.
- Rodrigues de Andrade, R. Germain, M. (1998), Introducción al diagrama de la producción foucaultiana. En: *Indisciplinas sociales*. Rosario. Ediciones del Arca.
- Vegh, I. (2006). *Las letras del análisis*. Buenos Aires, Paidós.
- Veyne, P. (2004). Un arqueólogo escéptico. En: *Eribon D. et al (comp.) El infrecuente Michel Foucault*. Buenos Aires. Letra Viva / Edelp.
- Wright Mills, C. (1993). *La imaginación sociológica*. Madrid. Fondo de Cultura económica.